

## JOSÉ LUIS ARGENTE OLIVER (1949-1998)

José Luis Argente Oliver (Zaragoza 1949 / Soria 1998) desarrolló su actividad profesional en el Museo Numantino de Soria. Nombrado director interino en 1974, conservó la plaza al ingresar por oposición en el Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos en 1976, hasta su muerte el 31 de julio de 1998.

Fue durante su recién estrenada interinidad cuando coincidimos por primera vez. José Luis iniciaba su andadura en el museo soriano, y yo la recopilación de las inscripciones romanas de la provincia de Soria para mi Memoria de Licenciatura. Desde el primer momento me planteó su decisión de acometer la renovación y actualización del Museo Numantino, inaugurado en 1919 para contener los restos hallados en Numancia, pero convertido de hecho en museo provincial de arqueología.

Su interés por la reforma del Museo y por el conocimiento de la provincia a la que había sido destinado, unido a su disposición para el trabajo, nos llevó a trazar una colaboración no explícita entre ambos, para cumplir los objetivos más urgentes en relación con su trabajo y con el mío. De esta manera, sentados en su pequeño «seiscientos», con la Carta Arqueológica de Taracena como guía, fuimos recorriendo la geografía provincial; entre pueblo y pueblo, monumento y monumento, yacimiento y yacimiento, fotografiábamos las inscripciones romanas, localizábamos otras, y recogíamos información de nuevos yacimientos arqueológicos.

Estos viajes sirvieron también para conocer e intercambiar aspectos de nuestra vida y formación académica. Así, fui conociendo su paso por Magis-

terio, antes de cursar su licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid (1966-1971), y cómo realizó su formación museológica e investigadora bajo la dirección del profesor Almagro Basch, en el Museo Arqueológico Nacional y en el Instituto de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, proporcionándose referencias sobre profesores y situaciones del ámbito académico y museístico madrileño que, después, ¡ironías del destino!, he recordado muchas veces, al incorporarme como profesor a esta Universidad.

En esta etapa, José Luis había realizado su Memoria de Licenciatura, sobre las ffbulas de la necrópolis de Aguilar de Anguita, y había adquirido una notable experiencia en arqueología de campo, participando en diferentes trabajos dirigidos por el profesor Almagro Basch, y después dirigiendo las excavaciones de la villa tardorromana de Baños de Valdearados, en Burgos (1973-1974 y 1978), y de la necrópolis de Codo, en Zaragoza.

Entre viaje y viaje desmontábamos el antiguo Museo Numantino, recogiendo los materiales en cajas y transformando la antigua casa del director en un museo en miniatura; hacíamos de fontaneros, carpinteros, mecánicos, electricistas y, a veces, de arqueólogos, incorporándose a estas tareas cualquiera de los aspirantes o no a arqueólogo que en mayor o menor número frecuentaban el Museo.

Esta colaboración se orientó también a la realización de proyectos conjuntos de excavación, destacando, en 1975, el inicio de los trabajos de Tiermes y de la villa romana de Valdanzo (1976). Después,

mi contrato universitario como profesor ayudante en el Colegio Universitario de Soria y mi dedicación al mundo de la Prehistoria me encaminaron hacia otros destinos y temas de investigación.

Pero las obras del Museo Numantino, muy a su pesar, se dilataron enormemente, hasta 1989, aunque consiguió abrir, a partir de 1980, una sala donde se recogía una muestra de la arqueología provincial. Supo mostrar que la gestión era su arma fuerte, en la organización de la infraestructura (museo, centro de trabajo, residencia, e impulsando la instalación hotelera) desarrollada en el yacimiento de Tiermes. Todo ello paralelo a la defensa de su Tesis Doctoral sobre *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental*, que realizó en la Universidad Complutense en 1988, publicada posteriormente en la serie de Excavaciones Arqueológicas en España.

Sus publicaciones, cerca de un centenar, se centran en temas de arqueología, arte y museología de la provincia de Soria: guías y trípticos de Tiermes, Museo Numantino, centros dependientes del Museo, y reedición de la Guía Histórica de la Provincia de Soria de José Tudela y Blas Taracena, reflejan su vinculación estrecha a la administración y gestión del Patrimonio Histórico Soriano, en relación al cual desempeñó los cargos de vocal de la Comisión de Patrimonio Histórico, Consejero, y Comisionado Provincial del Patrimonio Cultural. Sus trabajos vieron la luz sobre todo en revistas sorianas: *Celtiberia*, *Arevacon*, *Revista de Soria*, así como en otras de ámbito nacional, como *Excavaciones Arqueológicas en España* (cuatro tomos sobre Tiermes), *Trabajos de Prehistoria*, *Zephyrus*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*; hay que mencionar también las aportaciones realizadas a los Congresos de Arqueología Soriana, de Los Celtíberos, Reuniones sobre instalación de museos en yacimientos arqueológicos, etc.

El dinamismo aportado al Museo desde su inauguración en 1989 se refleja en los catálogos y publicaciones sobre las exposiciones temporales y ciclos de conferencias realizados en el Museo, así como en algunas publicaciones didácticas par niños. Esta intensa actividad le valió el reconocimiento de Soriano del Año en 1992.

Su dedicación y su espíritu encontró refugio sobre todo en el yacimiento-museo de Tiermes, convirtiéndose en el termostino más granado. Como los guerreros celtíberos, al decir de Silio Itálico, tenía preparado el ánimo para la muerte y el cuerpo para la fatiga, y quiso morir joven, ya que, como los celtíberos pensaban, era la mejor edad, con todas las facultades, con plenitud; con toda la fuerza, la virilidad y la hermosura, lo que se ha dado en llamar la Bella Muerte. Morir para los celtíberos era glorioso si se hacía con honor propio del hombre, como ha sido el caso de José Luis, sin entregar las armas, que es como entregarse a sí mismo; por eso su espíritu reposa junto a ellas —Tiermes y el Museo— para siempre.

En recompensa a su *virtus*, el ave sagrada ha transportado su espíritu al Más Allá, integrándolo en el Panteón de la investigación celtibérica, donde estará siempre presente. Para las cosas que hubieran podido quedar inacabadas o menos conseguidas, podemos recordar a aquella madre que hiciera grabar una inscripción para la tumba de su hijo, y al quedar la lápida tosca por falta de dinero, puso en la última línea a modo de justificación: *ut potuit, non ut voluit*: hizo lo que pudo, no lo que quisiera haber hecho.

*Sit tibi terra levis.*

ALFREDO JIMENO  
Universidad Complutense de Madrid.